

Presentación de Cristina Cerrada

Beatriz Osés García

“Es un hecho asombroso y digno de reflexión que todo ser humano está constituido de tal forma que siempre haya de ser un profundo secreto y un misterio para sus semejantes”.

Historia de dos ciudades

Charles Dickens

Decía Michel Tournier que “un libro no tiene sólo un autor, sino un número indefinido de ellos, pues cabe añadir en el acto a los que lo han leído, lo leen y lo leerán”. Así me enfrento a esta presentación, advirtiéndome que solo recompongo piezas de un puzzle que he inventado o interpretado a partir de los relatos de Cristina Cerrada, que mis palabras no son más que sombras de sus imágenes, que le he robado a sus personajes y los he unido a mis recuerdos, a los silencios. “Compañía” es un hermoso título, sin duda, que me conduce a la soledad y a la incomunicación, a los diálogos circulares como el que mantienen los dos protagonistas de “El efecto Coriolis”, a las metáforas de los cactus, las naturalezas muertas, los tatuajes, las lagunas interiores. Abundan en él los finales abiertos, el poder de sugerir mediante lo inacabado, lo que late por dentro, el pulso y exige del lector la participación activa que requería Cortázar. No se conforman estos relatos con una única lectura sino que invitan a regresar a ellos aunque, a veces, resulten dolorosos porque tienen el poder de tocar las tripas a través de un estilo desnudo, descarnado, repetitivo en las obsesiones de los personajes, sin apenas concesiones a la ternura. Cristina Cerrada no ofrece respuestas, ni soluciones, no juzga a sus protagonistas ni los censura, pero plantea preguntas y muestra auténticos “bocados de realidad”.

Andersen confesaba: “mi dolor es insorportable cuando sufro, pero mi alegría cuando me siento feliz es asimismo inexpresable”. De igual forma, los personajes de “Compañía” se debaten en esa lucha contra el silencio, contra la imposibilidad de abrazar, contra esa laguna negra a la que Tina describe con las siguientes palabras: “Creo que de verdad me ahogaba como aquella vez en el lago. Solo que esta vez desde dentro. Sentía como si dentro de mí hubiese una enorme laguna, negra, que iba creciendo y creciendo y que de pronto, si no sucedía algo, acabaría haciéndome

reventar". Hay en ellos una lucha entre la realidad y el deseo, un amargo contraste entre lo que dicen y lo que piensan, que se trasluce a través de gestos, diálogos, objetos, miradas, de la perspectiva que ofrece el narrador y que les sitúa, en ocasiones, en espectadores de su propia existencia como le sucede al protagonista de "Naturaleza muerta", que ha sido expulsado de su vida y se reconoce en el cuadro que roba de una cafetería.

La palabra "compañía" proviene del latín y se compone de "cum" y "panis" (pan), así que compañía sería el efecto de compartir el pan. En mayor o menor medida, los personajes de este libro presentan como constante la búsqueda o la espera de algo o de alguien que alivie su soledad, que les permita salir de la incomunicación que parece rodearlos. En el último relato, que da título a la obra, se aprecia esta necesidad de sentirse acompañado que me recuerda a la peculiar relación que mantenía uno de los personajes de "El extranjero" con su perro, al que solía maltratar a diario y al que, sin embargo, echa de menos cuando muere. En esa contradicción aparente, en la complejidad de las relaciones humanas, se perfila el protagonista de "Compañía" que comienza su relato de la siguiente manera: "Tenía que haber echado a ese tipo en cuanto puso los pies en mi casa. Eso es lo que debía hacer. De haberlo hecho, ahora no tendría que soportar sus discos, ni sus asquerosos quesos franceses, ni su contrabajo". Y que, al saber que su compañero puede ausentarse durante una larga temporada, termina ofreciéndole su helado favorito.

Cristina Cerrada sabe atrapar en los inicios de sus relatos, muchos de ellos actúan como imanes directos y certeros, desvelan ya un conflicto, una inquietud o una pérdida: "Mi madre telefoneó el miércoles para decir que mi padre había vuelto a beber", "Ese hombre había perdido la memoria", "La noche que esas odiosas hormigas invadieron la casa era ya tarde para ponerse a hacer algo", "El día que murió el abuelo era de noche y hacía calor; aunque puede que ya hubiese acabado el verano. Sé que mamá no estaba, eso sí que lo sé", "Y le tiré una piedra"... También resulta interesante la utilización de recursos de gran fuerza visual que irrumpen en la realidad de los protagonistas, como motivos que desencadenan la acción o que conviven con los personajes y reclaman la atención constante del lector, que intensifican o señalan lo que subyace en cada historia, la realidad que niegan o evitan los propios personajes. Es el caso de la mesa rota por un borracho en "Progenie", o la jaula de los pájaros en "La laguna interior", la figura del lobo en el pecho de un adolescente en "Tatuaje", los cactus que rodean la casa en "Transplantes" o la imagen de un bodegón en "Naturaleza muerta".

Las obsesiones patológicas en relatos como “Alguien me sigue”, “Alienígenas” o “Amnesia” dibujan a personajes egocéntricos, solitarios, encerrados en sí mismos, en su propio delirio, capaces de arrasar todo lo que les rodea: familia, amigos, vecinos, desconocidos... Junto a lo obsesivo, aparecen también las pequeñas evasiones de protagonistas llevados al límite del cansancio, de la insatisfacción, de la rutina, de la incapacidad de mostrar sus sentimientos. Así, estas huidas se plasman en forma de propuestas de viajes, de lágrimas, de cigarrillos fumados a escondidas, de aceleradores que se pisan a fondo, de amnesias, de encuentros furtivos con amantes, de escondites bajo el somier de una cama. Los espacios contribuyen a describir y a reforzar las inquietudes de los personajes, sus conflictos, a crear una atmósfera opresiva o solitaria, a marcar los vacíos. Calles desiertas, pasillos de hospitales, jaulas, salas de interrogatorios, habitaciones, cafeterías... componen parte de estas imágenes casi cinematográficas que desarrollan pequeños retazos de lo cotidiano.

Pero como ya advertí al inicio de esta presentación, estas palabras son sombras, tan solo un pálido reflejo de sus relatos, del lenguaje directo y preciso de Cristina Cerrada. Decía Goethe que “hablamos demasiado, deberíamos hablar menos y dibujar más”. Así que, siguiendo su consejo, dejaré de hablar... y os invito a leer “Compañía” para que cada uno se descubra en sus personajes, en sus diálogos, en sus finales. Para que cada uno piense, busque, anhele o encuentre su propia compañía.

Por “Compañía”, Cristina Cerrada obtuvo el II Premio de Narrativa Caja Madrid en el año 2003. Esta tarde, en Almendralejo, tenemos el placer de escuchar a esta autora y de compartir con ella su obra. Muchas gracias.